

Introducción

Toda sociedad tiene una imagen de sí misma que moldea su identidad, y esta es relevante porque tiene un efecto político concreto: hace posible que individuos desiguales asuman la existencia de lazos que los unen y, a su vez, admitan que forman parte de un colectivo común. En el ámbito del comportamiento político, la construcción de estas imágenes ha sido muy estudiada por Anderson (1991) y Shumway (1991). Las personas desarrollan una identidad política colectiva como nación, con sentimientos de pertenencia y lealtad a la democracia, a sus valores y normas de conducta, a partidos políticos con el monopolio de la competencia y la representación y a prácticas cívicas como el voto. Todo ello plantea la existencia de una “comunidad puramente política” (Smith, 1991). El sentido de pertenencia a esta comunidad se transfiere entre generaciones mediante la socialización política y cívica, en la cual intervienen padres, familiares e instituciones como las escuelas. Algunos expertos han postulado que la identidad es un producto sociocultural, como es el caso de Anderson (1991), quien define a los países o naciones como comunidades políticas imaginadas y agrega que, en lo fundamental, las comunidades no se distinguen por criterios de autenticidad o falsedad, sino por la manera en que son imaginadas.

En los estudios clásicos de los motivos por los que los individuos votan predominan las teorías que ponen énfasis en la evaluación del desempeño del gobierno, la situación de la economía o los atributos sociodemográficos como el género, la edad o el nivel educativo, en la disposición de votar. Menor énfasis se les ha otorgado a las identidades políticas como un factor movilizador del electorado. Utilizando las elecciones costarricenses de 2018 como laboratorio, el presente capítulo persigue llenar ese vacío y, con ello, contribuir a la comprensión de las motivaciones y los aspectos disparadores del comportamiento electoral.

La literatura en esta materia sugiere que las identidades políticas fuertes tienen la capacidad de movilizar electoralmente a los ciudadanos. Sin embargo, en marcado contraste con las teorías clásicas que aportan explicaciones a la concurrencia a las urnas, estas páginas contienen una explicación novedosa y hasta ahora poco explorada en lo escrito sobre los agentes determinantes

de la participación electoral. El objetivo central de esta contribución es analizar en qué medida las identidades políticas son factores asociados a la conducta de los votantes. En concreto, la hipótesis principal de este documento postula que, cuando las creencias cívicas y los vínculos partidarios de los ciudadanos son fuertes, es decir, cuando se posee una “identidad estable”, dicha identidad determina la disposición a votar y sus preferencias. En consecuencia, los electores se deciden temprano en la campaña y su disposición a participar en los comicios será alta, por lo que su volatilidad será baja. Por el contrario, en circunstancias en las que las identidades se erosionan, aumenta la indecisión, crece la volatilidad de las preferencias de los votantes y disminuye la motivación de votar.

En circunstancias en las que la creencia cívica de los ciudadanos es robusta, pero su arraigo a los partidos es frágil (“identidad débil”), se determina la preferencia electoral pero no la disposición a votar. Finalmente, en el caso de que las creencias cívicas y los vínculos partidarios de los ciudadanos sean débiles (“identidad transitoria”), la participación del individuo en las elecciones y su preferencia dependerán de la activación de la identidad del votante a lo largo de la campaña.

La predominancia de identidades transitorias y débiles en la campaña electoral de 2018 creó las condiciones idóneas para un escenario de alta y prolongada indecisión de los votantes con tres importantes repercusiones políticas: i) la agregación de múltiples indecisiones individuales originó un panorama de alta incertidumbre a nivel colectivo; ii) la indecisión incidió de manera negativa en la concurrencia a las urnas al desmovilizar a los votantes y iii) la alta indecisión provocó una fuerte volatilidad electoral.

El presente capítulo está organizado en seis apartados, además de esta introducción. En el primero se discuten los aportes de las principales contribuciones teóricas en el tema de identidades políticas. La segunda sección detalla el argumento central del texto y los supuestos teóricos. En el tercer apartado se describen los tipos de identidades de los costarricenses en el marco de las elecciones nacionales de 2018. El cuarto apartado se dedica a analizar la relación entre identidades y participación política, mientras que el quinto profundiza en la influencia de las identidades en la indecisión y la participación electoral en las elecciones más recientes. Por último, y como conclusión, se resumen los principales resultados de la investigación y sus implicaciones para las disciplinas que estudian el comportamiento político y electoral de los individuos.

Literatura en materia de identidades políticas

La literatura especializada plantea que la definición típica de “identidad social” se refiere a una conciencia de la membresía objetiva del individuo en un grupo y un sentido psicológico de apego grupal (Tajfel, 1981). Siguiendo la misma lógica, algunos autores argumentan que una identidad política es “una identidad social con relevancia política o que se ha vuelto política mediante el surgimiento de normas grupales explícitamente políticas que gobiernan la perspectiva y acción de los miembros” (Huddy, 2013:742). Además, estudios previos subrayan el

poder de las identidades para dar forma a los resultados políticos (Conover, 1984) y los factores que promueven el desarrollo de identidades sociales fuertes. Por ejemplo, los expertos han demostrado que la membresía a un colectivo obtiene contenido político por medio de normas y creencias que los conectan a actitudes y acciones políticas específicas. Como se ha observado, algunos grupos, de acuerdo con el partidismo y las ideologías, son inherentes al ámbito político y se garantiza que estos generarán cohesión política entre las personas que se identifican con firmeza con ellos (Huddy, 2013).

Del mismo modo, otros investigadores han demostrado que la acción política es más común entre quienes poseen una sólida identificación de colectivo. Más en concreto, los individuos con identidades políticas fuertes son más propensos que los de identidades débiles a donar dinero u ofrecer su tiempo de manera voluntaria para trabajar para un candidato o un partido, a votar o participar en otras actividades políticas (Fowler y Kam, 2007, Huddy *et al.*, 2010).

En el ámbito de la política competitiva, Green *et al.* (2004) sugieren que el apego a un partido es una identidad social, de igual manera que lo es el apego a la religión o a una etnia. En cuanto a otras identidades sociales, los autores argumentan que la afiliación partidaria inspira una lealtad duradera que no se ve afectada por las opiniones políticas cambiantes. Se dice que, en general, los miembros de un partido político son fieles a esa formación, aún frente a creencias conflictivas, lo que implica que ese sentido de identidad partidaria permanece estable después de episodios de desaprobación de las prácticas o de un mal desempeño por parte del propio partido. Resulta interesante que aun cuando un partidario vota por un candidato de otra formación política, este continúa identificándose con el partido original.

De acuerdo con Greene (2002), pocos discutirían la idea de que la identificación con un partido político sea un ejemplo de la identificación con un grupo. Se ha cuestionado muy poco la definición clásica de identificación partidaria como un apego afectivo a un grupo importante (Greene, 1999). Además, la conceptualización original de Campbell *et al.* (1960) de una identificación partidaria en *The American Voter* explica que las personas consideran que los partidos políticos son una agrupación de referencia social notable con el cual se identifican.

Los partidarios fuertes también sienten emociones más positivas que los débiles cuando ven un mensaje esperanzador sobre la victoria electoral futura (Mason, 2011). Sidanius *et al.* (2008) encontraron que los estudiantes de UCLA que se identificaban con firmeza con su grupo étnico (caucásico, afroamericano, latino, asiático) tenían una mayor probabilidad de votar por un miembro de su grupo y de participar en demostraciones o de firmar una petición en nombre de una causa relacionada con su grupo. En el contexto de Estados Unidos, los habitantes que muestran una identificación fuerte tienen mayores probabilidades que los que presentan una identificación débil de adherirse a las normas cívicas y a salir a votar (Huddy y Khatib, 2007).

Existe un consenso que indica que la cohesión política gira en torno a una identidad social central. De hecho, algunos académicos han aplicado la identidad social al estudio de los partidos

políticos en otros contextos. Por ejemplo, Kelly (1989) encontró evidencia para caracterizar la identidad social de los partidarios en Gran Bretaña. De igual manera, Abrams (1994) y Abrams y Emler (1992) hallaron evidencia significativa para interpretar la identidad social con base en las lealtades a los partidos políticos en Escocia. Duck *et al.* (1995) reconocieron los efectos de una identidad social política en la percepción de grupos internos y externos de partidarios en Australia. En general, estos estudios demuestran con claridad la utilidad de la teoría de identidad social para comprender el partidismo en diferentes entornos.

Aunque casi siempre se asume que las identidades son bastante estables, se dan cambios significativos, y estos se ven precipitados por alteraciones en el ámbito externo. Los eventos políticos dramáticos pueden producir un aumento repentino en la importancia y/o distinción de un grupo, lo que impulsaría un aumento de las identificaciones con el grupo (Conover, 1984). El cambio de identidad se da cuando los significados de dicha identificación cambian con el paso del tiempo.

En la teoría de la identidad se asume que el cambio de identidad es continuo, pero muy gradual (Burke y Stets, 2009). Puede ocurrir que las personas no consideren que sus identidades cambien de un día al otro, de una semana a la otra, o de un mes al otro. La diferencia se puede observar solo cuando se toma en consideración un período de tiempo más largo. Los cambios en una situación pueden causar una discrepancia entre las definiciones de identidad y las sensaciones que esa persona percibe de su propia conducta en la situación. Si los cambios de situación persisten y las definiciones que las personas se autoatribuyen en ciertas circunstancias no se pueden ajustar a la identidad bajo la cual estas se encuadran, sus definiciones de identidad pueden cambiar poco a poco. Desde una perspectiva de identidad social, los eventos externos importantes concentran la atención de las personas en un contraste entre sus propios grupos o categorías sociales y el grupo o categoría que representa la oposición (Turner *et al.*, 1987).

Argumento y supuestos

En estas páginas se plantea si las identidades políticas son buenos agentes predictores de la movilización electoral y de las preferencias de los votantes. Para ello, se postula que existen tres tipos de identidades políticas relacionadas con los dos aspectos mencionados. Por “identidad” se entiende la manera en que las personas definen su pertenencia a la comunidad que, en una democracia, elige a un gobierno, así como el modo en que esa pertenencia moldea sus percepciones sobre los derechos y obligaciones de participación política. La fuente primaria de los datos es el Panel Electoral 2018 del CIEP-UCR, que consistió en recopilar las opiniones y preferencias de los individuos en seis rondas a lo largo de la campaña, incluyendo dos estudios poselectorales en febrero y abril.

Medición de las identidades políticas

Para el análisis de las identidades políticas se han construido tres dimensiones utilizando los datos del Panel Electoral 2018: la de identificación con el *demos* (pueblo), la de arraigo con los partidos y la de deber cívico. La primera se refiere a la identificación de los costarricenses con su comunidad política y con el sistema democrático en general, la segunda contempla el vínculo de los individuos con los partidos políticos y la tercera trata sobre la obligación que perciben los electores frente a consumir el voto.

De estas tres dimensiones, la primera es cuasiuniversal. De hecho, según los datos de este estudio, 3 de cada 4 costarricenses promedio (74%) se identifican fuertemente con su sociedad política como un todo. Es decir, la creencia popular en el sistema político y la democracia sigue siendo sólida y no está bajo cuestionamiento. Este resultado es consistente con el comportamiento del índice conocido como “apoyo ciudadano a la democracia” cuya medición se remonta a una serie de cuarenta años (Lapop, 2016).

Aunado a la firme identidad con el *demos*, persiste entre la ciudadanía una sólida convicción cívica: en promedio, alrededor de 7 de cada 10 individuos (71%) se sienten obligados a sufragar, más allá de si les satisfacen las opciones o no. No obstante, en el ámbito en el que sí se ha identificado un deterioro considerable es en el del arraigo con los partidos políticos, pues si bien, en términos generales, la población costarricense considera imprescindibles a los partidos, solo un tercio de los ciudadanos (35%) posee vínculos sólidos y duraderos con las agrupaciones políticas.

En los análisis de este capítulo se crea una tipología de identidades políticas (véase el siguiente apartado) utilizando las dos dimensiones que más discriminan entre individuos: arraigo con partidos y deber cívico; y se excluye (por discriminar poco) la de identificación con el *demos*. Dado que esta última dimensión es generalizada, se trata como un factor constante. Los ítems que se utilizaron para construir la dimensión denominada “deber cívico” se presentan en el cuadro 4.1, mientras que los reactivos usados para medir las dimensiones de arraigo con los partidos se muestran en el cuadro 4.2.

CUADRO 4.1

Ítems de la dimensión “deber cívico”

Nombre de la variable	Pregunta	Alternativas de respuesta
Deber 1	Si un candidato o candidata propusiera que solo algunas personas tengan derecho a votar, ¿estaría usted dispuesto a votar por él o ella?	1 Sí 0 No
Deber 2	Algunos opinan que el voto es un derecho y otros piensan que es un deber. ¿Cuál de las dos apreciaciones se acerca más a lo que usted piensa?	1 Es más un deber 2 Es más un derecho 3 Ambos
Deber 3	¿Usted trata de convencer a otras personas de que vayan a votar?	1 Sí 2 No
Deber 4	¿Usted cree que puede haber democracia sin elecciones?	1 Sí 2 No
Deber 5	Desde su punto de vista, ¿vale la pena ir a votar?	1 Sí 2 No

Nota: El Alfa de Cronbach (coeficiente utilizado para medir la fiabilidad de una escala de medida o test) de los cinco ítems es 0,52, valor que no alcanza el mínimo tradicionalmente utilizado para garantizar la fiabilidad de la escala (0,70). No obstante, se trata de una batería de pocos ítems y pueden considerarse aceptables para una escala pequeña como esta.

Fuente: Panel Electoral 2018.

CUADRO 4.2
Ítems de la dimensión “arraigo con los partidos políticos”

Nombre de la variable	Pregunta	Alternativas de respuesta
	Durante la última campaña, usted:	
Dimensión partidos 1	PP8	Puso una bandera en su casa. 1 Sí 2 No
	PP82	Pegó una calcomanía de campaña política en su casa o en su vehículo. 1 Sí 2 No
	PP84	Recorrió viviendas para llevar votantes a las urnas. 1 Sí 2 No
	PP88	Contribuyó económicamente para ayudar a un candidato. 1 Sí 2 No
	PP89	Asistió a alguna reunión o manifestación política. 1 Sí 2 No
Nombre de la variable	Pregunta	Alternativas de respuesta
Dimensión partidos 2	COSPP1A	Para que nuestra democracia funcione, usted cree que los partidos políticos son: 4 Muy necesarios 3 Algo necesarios 2 Poco necesarios 1 Nada necesarios
	COSPP1B	En Costa Rica, algunas personas creen que para la democracia del país sería mejor que todos los partidos dejaran de ejercer sus funciones o desaparecieran. ¿Está usted de acuerdo o en desacuerdo con esa idea? 1 De acuerdo 2 En desacuerdo
	COSPP1C	¿Qué cree que pasaría si los partidos políticos dejaran de existir en Costa Rica? 1 La democracia funcionaría mejor 2 La democracia funcionaría igual 3 La democracia funcionaría peor 4 No habría democracia

Nota: El Alfa de Cronbach de la dimensión partidos 1 es 0,96 y el de la dimensión partidos 2 es 0,56, valor que al igual que el caso anterior, no alcanza el mínimo utilizado para garantizar la fiabilidad de la escala (0,70). Sin embargo, la dimensión partidos 2 tiene tres ítems y dichos valores pueden considerarse aceptables para una escala pequeña como esta.

Fuente: Panel Electoral 2018.

La tipología de identidades políticas (figura 4.1) se construye a partir de la combinación de las dos dimensiones descritas antes. En primer lugar, se plantea la existencia de una identidad estable, caracterizada por la presencia de una alta conciencia cívica y una sólida simpatía partidaria. En segundo lugar se encuentran las identidades débiles, cuya particularidad es la mezcla de una alta conciencia cívica con un desalineamiento partidario. Por último, existe la identidad transitoria, en la que predomina un bajo sentido cívico en conjunto con la desafiliación partidaria.

FIGURA 4.1

Tipología de identidades políticas

		Identidad cívica	
		Baja	Alta
Identidad partidaria	Alta	Inexistente	Estable
	Baja	Transitoria	Débil

En una democracia, el escenario ideal para la movilización del electorado a las urnas es aquel en el que predominan las identidades estables, pues la participación está prácticamente garantizada y es mayor que en un marco en el que prevalecen los otros dos tipos de identidades. En estas circunstancias, la probabilidad de que los individuos voten es muy alta, pues simpatizan de manera firme con algún partido político o candidato, y en parte por ello, su sentido cívico es muy sólido. Según estos supuestos, esta población se moviliza a votar por propia voluntad, su conducta política es casi mecánica y se deciden con rapidez. Al respecto, los desenlaces electorales son más predecibles, las bases electorales son más numerosas y hay poco margen para las sorpresas políticas.

Por su parte, la existencia de identidades políticas débiles, si bien no es la ideal, no siempre disminuye la disposición de los individuos a votar por una razón muy sencilla: la falta de afiliación partidaria, como principal movilizador del voto, se compensa con la presencia de un alto sentido cívico. En estos casos, la población siente una fuerte obligación de sufragar, a pesar de que le cuesta mucho tomar la decisión de a quién apoyar, y le mueve la conciencia cívica que no le permite abstenerse de participar, pero la detiene su falta de partidismo. Este capítulo plantea que los altos costos asociados al voto a los que se ven expuestos (por la ausencia de simpatía partidaria) prolongan sus decisiones electorales y terminan decidiéndose más tarde o en la recta

final de la contienda. En caso de que los individuos con identidades débiles representen a un segmento considerable del electorado, estos podrían influir, incluso de manera inesperada o inusual, en el resultado de una elección.

Los habitantes con identidades estables y débiles no son tan distintos entre sí. Los diferencia el hecho de que para los primeros, sufragio y activismo partidario son indisolubles. Para los segundos, la desvinculación de los partidos políticos no es sinónimo de conductas antipolíticas o antidemocráticas. En otras palabras, se trata de un distanciamiento de las agrupaciones, pero no de un divorcio con la democracia electoral.

Para el sistema político, un contexto de identidades débiles es menos perjudicial que uno en el que imperen las transitorias, pues estas últimas poseen la peor combinación posible: baja conciencia cívica y desinterés por los partidos políticos. Esta población tiene bajos incentivos o motivaciones para votar, pues los partidos no la motivan ni sienten la obligación de acudir a las urnas. Una fuerte presencia de individuos con este tipo de identidad es capaz de deslegitimar el sistema político y erosionar el apoyo ciudadano a la democracia de manera considerable.

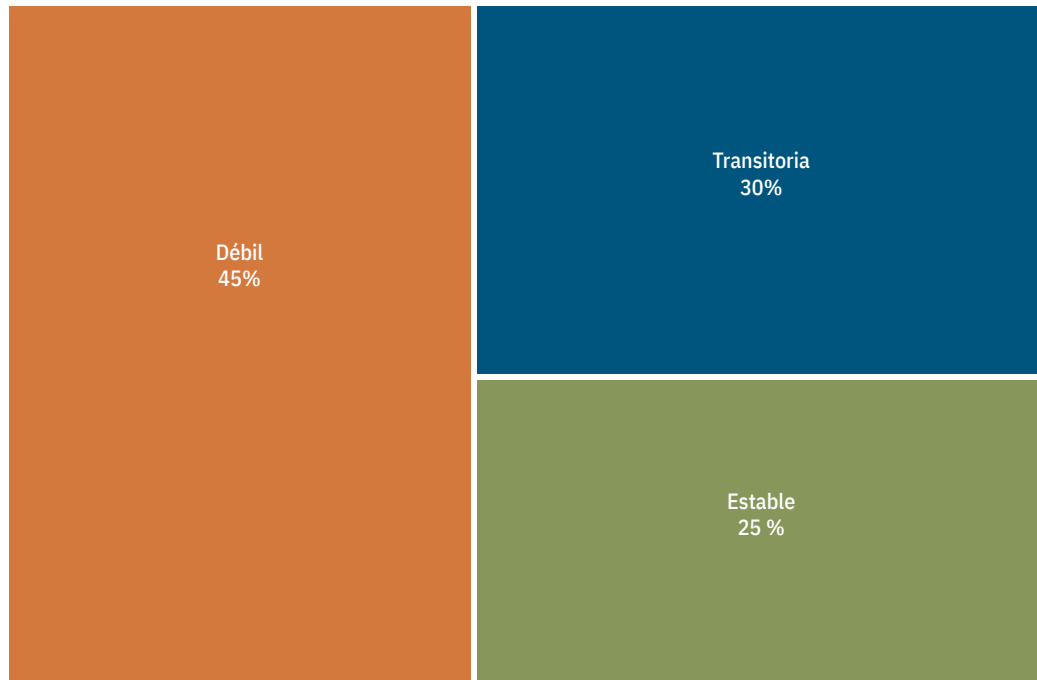
Según el argumento de este capítulo, en la actualidad las identidades políticas de la mayor parte de los electores costarricenses son transitorias: se forman alrededor del voto, pero se desvanecen justo después de las elecciones. En el siguiente apartado se caracteriza a los votantes costarricenses de 2018 según los tres tipos de identidades políticas descritas y los principales rasgos de sus conductas electorales.

Tipos de identidades de los costarricenses en las elecciones de 2018

¿Cuál de los tres tipos de identidades predominó en los comicios de 2018? Según los datos recopilados en el Panel Electoral 2018, una cuarta parte de los electores (25%) mostró identidades estables, un 44% reunió los atributos para ser considerado de identidad débil y alrededor de un tercio (30%) se identificó con identidad transitoria. En síntesis, en la última elección el grupo dominante del padrón evidenció identidades débiles, seguido por los de identidades transitorias. Esta situación creó las condiciones políticas propicias para una altísima indecisión electoral durante la campaña y originó el nivel de volatilidad más alto en cuatro décadas. No obstante, 2 de cada 3 votantes poseían una fuerte creencia cívica, aunque difirieran radicalmente en sus niveles de simpatía partidaria (gráfico 4.1).

GRÁFICO 4.1

Porcentaje de votantes según el tipo de identidad



Fuente: Panel Electoral 2018.

En estas páginas se argumenta que la identidad política influyó de manera decisiva en la inestabilidad de las preferencias electorales, tanto durante la campaña como en la volatilidad entre elecciones, así como en la disposición a votar. Para entender mejor el comportamiento político y electoral de la población según su tipo de identidad, es necesario primero saber de quiénes se trata de acuerdo con un conjunto de atributos sociodemográficos que se describen a continuación.

Como se aprecia en el cuadro 4.3, existen notorias diferencias entre la ciudadanía según su tipo de identidad política. Las más marcadas se dan entre edades, pues a menor edad, mayor predominancia de la identidad transitoria; nivel educativo, dado que los que poseen estudios de primaria y universitarios se manifiestan en las identidades estable y débil; y el lugar de residencia, pues los que residen en Guanacaste, Puntarenas y Limón se agrupan en la identidad estable.

CUADRO 4.3

Perfil sociodemográfico según el tipo de identidad
(rasgos predominantes)

Identidad política	Perfil
Estable	Predominan mujeres Con edades de 55 años y mayores Con estudios universitarios Residen en Puntarenas, Guanacaste y/o Limón
Débil	Predominan hombres Con edades entre 35 y 54 años Con estudios de primaria Residen en Heredia, Alajuela y/o Cartago
Transitoria	No hay diferencias de género Con edades entre 18 y 34 años Con estudios de secundaria Residen en Cartago, Heredia y/o Puntarenas

Fuente: Panel Electoral 2018.

Identities y participación electoral

Un aspecto medular en este capítulo es no solo demostrar que existen distintos tipos de identities, sino también analizar si las diferencias sociales descritas se traducen, a su vez, en disparidades de comportamiento político.

El primer factor estudiado es el nivel de simpatía partidaria. Si el argumento que plantea el presente texto es correcto, la afiliación partidaria de los individuos debería diferir según el tipo de identidad. En efecto, la evidencia corrobora este supuesto, pues la población con identidad política estable exhibe un mayor porcentaje promedio de simpatía entre los tres tipos. Al respecto, en promedio, un 52% de estas personas manifiesta simpatizar con alguna agrupación política. En contraste, el promedio de votantes de identities débiles que afirma tener afiliación partidaria asciende al 32%. Por último, solo el 19%, en promedio, de los ciudadanos de identidad transitoria reportan simpatizar con un partido político.

Un segundo aspecto de interés es determinar si las actitudes hacia la democracia y el sistema político varían según la identidad política respectiva. En este sentido, a raíz de que los individuos de identidad estable combinan dos atributos políticos deseables (alta identidad partidaria e identidad cívica), lo más probable es que sus niveles de apoyo a la democracia sean mayores, en comparación con los de aquellos cuyas identidades son débiles o transitorias. Según la evidencia recopilada, el respaldo popular al sistema político se comporta de acuerdo con lo proyectado. En otras palabras, los individuos con identidades transitorias respaldan menos a la democracia que aquellos con identidades débiles y estables (cuadro 4.4).

CUADRO 4.4

Apoyo a la democracia según la identidad política
(escala 0-100)

Identidad política	Apoyo a la democracia
Estable	70
Débil	68
Transitoria	63

Fuente: Panel Electoral 2018.

Si los niveles de afiliación partidaria y el apoyo ciudadano a la democracia difieren entre identidades (como ha quedado demostrado), es de esperar que también existan diferencias entre dichas identidades en dos aspectos claves: la disposición a sufragar y la participación electoral. En lo que respecta al primero, la expectativa es que individuos con identidades estables muestren una mayor propensión a votar y que manifiesten estar más decididos a hacerlo en mayor proporción que los que muestran los otros dos tipos de identidades.

Como se aprecia en el cuadro 4.5, la población con identidad transitoria está asociada con una menor preferencia por votar y con estar menos decidida a sufragar. Por su parte, los habitantes de identidad débil exhiben niveles intermedios en ambos aspectos.

CUADRO 4.5

Disposición a votar según tipo de identidades

Identidad política	% Piensa ir a votar	% Totalmente decidido a votar
Estable	91,4	72,1
Débil	89,7	66,3
Transitoria	78,8	45,9

Fuente: Panel Electoral 2018.

Ahora bien, ya que queda comprobado que individuos con distintas identidades mostraban disposiciones diferentes de acudir a las urnas en 2018, cabe preguntarse si dichas identidades están relacionadas con el nivel de indecisión.

Los indecisos (entendidos como aquellos individuos que estaban seguros de ir a votar, pero que no sabían por quién hacerlo) protagonizaron un papel determinante a lo largo de la campaña por tres razones fundamentales. En primer lugar, desde el principio los estudios de opinión reflejaron que los costarricenses manifestaban una fuerte inclinación por sufragar (la decisión de si votar o abstenerse ya estaba tomada), pero, al mismo tiempo, expresaban serias dudas de a quién confiar su voto. Este asunto llegó a tener tanta importancia que se convirtió en una especie de dilema existencial para muchos votantes, a tal punto que les quitaba el sueño durante la campaña (CIEP, 2018). En segundo lugar, a raíz de que los indecisos eran un grupo numeroso y decisivo, mediante el Panel Electoral 2018 se reveló la existencia de tres tipos de indecisos (y no de un único tipo, como se solía creer en períodos anteriores): los clásicos (quienes nunca tuvieron un candidato de preferencia), los *swingers* (cambiaban de candidato) y los arrepentidos (tuvieron un candidato en algún momento, pero después se declararon indecisos de nuevo) (CIEP, 2017). Uno de los hallazgos principales del Panel Electoral fue poner en evidencia que las decisiones del electorado no eran definitivas y que con frecuencia cambiaron al calor de los eventos. En síntesis, la incertidumbre marcó la campaña de principio a fin y los resultados sorprendidos de la elección estuvieron muy influenciados por ese factor.

En lo que respecta a la relación entre identidades e indecisión (cuadro 4.6), los datos muestran que las dudas afectaron en mayor parte a la población de identidad transitoria, como era de esperar, pues carece por completo de los estímulos que tradicionalmente movilizan a los elec-

tores: la creencia en el sufragio y el vínculo con los partidos. Por otro lado, los habitantes cuya participación se activa al poseer ambos mecanismos (los de identidad estable) reportan los niveles de indecisión más bajos. En medio está la indecisión de los que poseen identidades débiles.

CUADRO 4.6

Porcentaje promedio de indecisos según el tipo de identidad

Identidad política	% Indeciso
Transitoria	31,5
Débil	29,2
Estable	25,3

Fuente: Panel Electoral 2018.

Por último, las identidades no están asociadas solo con la indecisión, sino que también existe una relación entre ellas y el momento en el cual el electorado toma la decisión de a quién apoyar. En concreto, una mayor proporción de personas con identidad estable se decidió a principios de la campaña, frente a las de identidad transitoria (59% versus 43%). En el otro extremo, el 24% de los de identidad estable se decidió la última semana o el mismo día de las elecciones, en comparación con el 33% de los de identidad transitoria, que definió su voto en la recta final. Cabe notar que en la segunda ronda se mantuvo ese mismo patrón.

Por otra parte, en cuanto a la participación, el Panel Electoral 2018 incluyó dos mediciones. En primera instancia, se indagó sobre la concurrencia a las urnas en los comicios de 2014. Además, se consultó sobre la participación en 2018. Si el supuesto sobre el que se construye este capítulo es correcto, individuos con identidades políticas distintas deberían exhibir comportamientos electorales disímiles en ambas contiendas.

En efecto, el porcentaje promedio reportado de asistencia a las urnas de la población con identidad transitoria fue el más bajo de todos, seguido del nivel de participación de la de identidad débil, mientras que el más alto correspondió a los habitantes de identidad estable. Aun y cuando el recordatorio del voto en 2014 sea impreciso o inflado, los datos identifican grandes disparidades

en esta materia. Un patrón similar ocurrió con la participación electoral en 2018. Es decir, el promedio de asistencia a las urnas fue mayor entre los votantes de identidad estable, seguido de los de identidad débil y, por último, el porcentaje de los de identidad transitoria (cuadro 4.7).

CUADRO 4.7

Porcentaje promedio de participación electoral según el tipo de identidad

Identidad política	% Participación	
	2014	2018
Estable	83	63
Débil	79	60
Transitoria	67	51

Fuente: Panel Electoral 2018.

Identities políticas: factores determinantes para entender la (in)decisión y la participación en 2018

Esta sección tiene dos propósitos fundamentales: contrastar con mayor rigurosidad los resultados descritos en apartados previos y aportar evidencia sólida acerca de la trascendencia de las identities.

En este apartado se considera un conjunto de modelos econométricos para determinar la influencia de una serie de factores en dos aspectos clave de la elección de 2018: la disposición a votar y la condición de ser indeciso. Para cada uno de ellos se aplicaron dos tipos de modelos de regresión logística, uno que incluye explicaciones clásicas y otro alternativo, en el que se contemplan las identities políticas como principal elemento novedoso. Lo esperado es que, al incorporar este último factor, los modelos aporten explicaciones más robustas a la participación electoral y a la indecisión. La lógica detrás de este supuesto es que las identities políticas afectan, por un lado, a los dos temas estudiados de forma diferente, y de una manera que es independiente de las explicaciones tradicionales, por el otro.

El principal hallazgo de este ejercicio es que las teorías clásicas de la participación en elecciones no explican de manera significativa la asistencia a las urnas en el proceso electoral de 2018. Es decir, factores como la edad, diferencias de género, o incluso la influencia de la religión (un aspecto al que se le ha atribuido una gran relevancia), no tuvieron ningún efecto sobre el voto, aunque sí sobre la indecisión, como se verá más adelante. Del mismo modo, ni la percepción de la situación de la economía ni la valoración sobre la labor del gobierno presentaron un impacto significativo en las estadísticas de participación.

En contraste con las teorías clásicas, en estas líneas se aporta una explicación novedosa y hasta ahora poco explorada en la literatura sobre agentes determinantes en la participación electoral. Al respecto, se plantea que las identidades políticas son fundamentales para entender la conducta de los votantes. En específico, cuando las creencias cívicas y los vínculos partidarios de la población son fuertes, es decir, cuando se posee una identidad estable, dicha condición determina la disposición a votar y las preferencias electorales. En consecuencia, ese electorado se decide temprano en la campaña y su disposición a votar será alta, por lo que su volatilidad será baja.

En circunstancias en las que la creencia cívica de los ciudadanos es robusta, pero su arraigo a los partidos es frágil, la identidad débil determinará la preferencia electoral pero no la disposición a votar. Estos individuos están seguros de ir a votar, pero no tienen claro el candidato al que van a apoyar; se deciden avanzada la campaña, y por ende, la volatilidad de sus preferencias será alta.

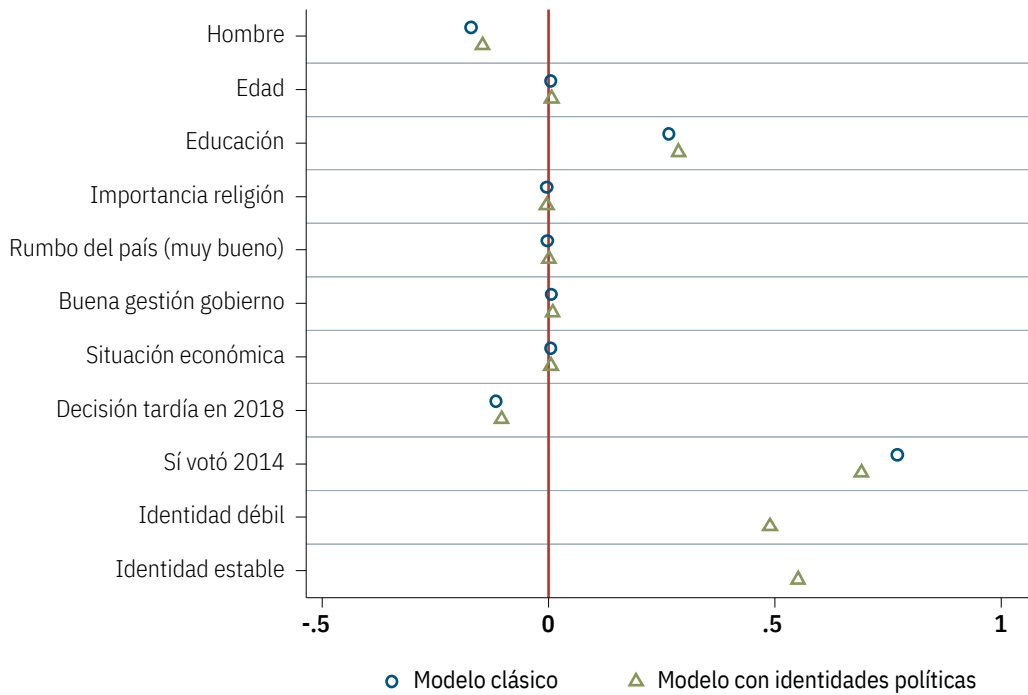
En el caso de que las creencias cívicas y los vínculos partidarios sean débiles, la participación del elector y su preferencia dependen de la activación de la identidad del votante a lo largo de la campaña. Entre esta población, el elemento determinante en la formación de las preferencias será un factor contingente (empatía con el candidato, hitos en la campaña, cobertura mediática, eventos inesperados, etc.). Estos votantes se deciden en los últimos días de la campaña y la volatilidad de sus preferencias será muy alta.

Además de las identidades, otros dos factores incidieron en el comportamiento de los votantes. El primero de ellos es si el individuo sufragó en 2014 (en la elección anterior) y el segundo es el momento en el que se decidió durante la campaña. Al respecto, si la persona votó en 2014, la probabilidad de haberlo hecho también en 2018 es mayor. Asimismo, si el ciudadano reconoció haber decidido a quién apoyar más tardíamente (el propio día de las elecciones, incluso), la posibilidad de abstención era mucho mayor.

Como se aprecia en los gráficos 4.2 y 4.3, las identidades políticas son factores determinantes para entender lo que sucede con la participación. En términos más sustantivos, la probabilidad de votar de un individuo con una identidad transitoria es de un 80% para aquellos que no sufragaron en 2014, mientras que la de uno de identidad estable y que sí votó en esas elecciones es de un 91%.

GRÁFICO 4.2

Factores determinantes en la participación electoral. 2018



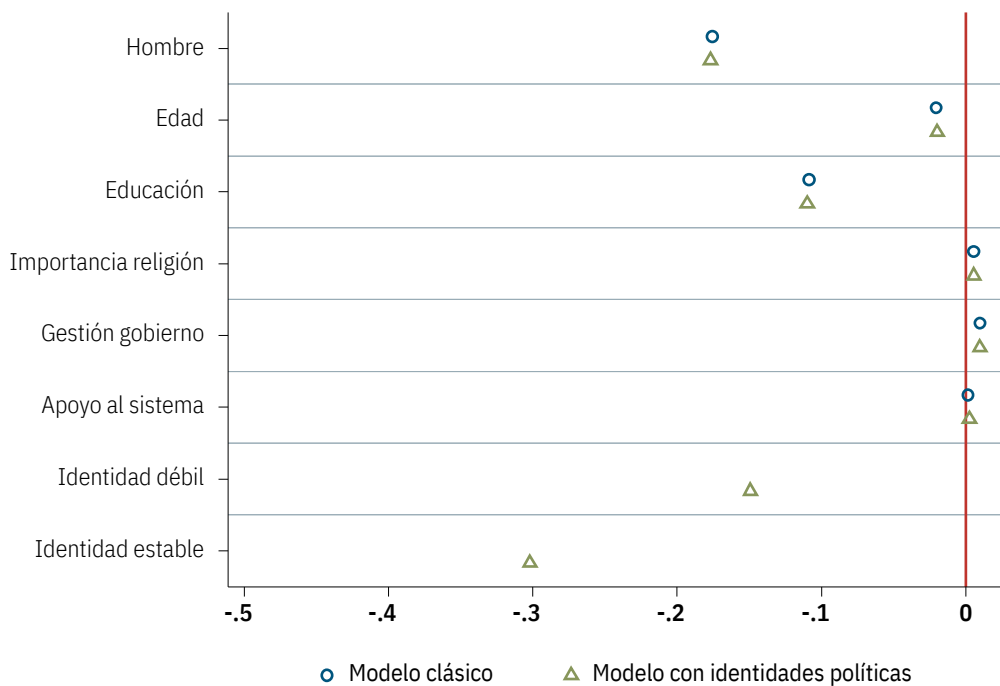
Nota: Este gráfico muestra los resultados de una regresión e incluye una línea vertical en el número “0.” Cuando el coeficiente (estandarizado) estimado de una variable se ubica a la izquierda de esta línea vertical, ello indica que la variable tiene una relación negativa con la variable dependiente (la actitud, comportamiento o característica que se quiere explicar); cuando el coeficiente (estandarizado) se ubica a la derecha, significa que tiene una relación positiva con la variable dependiente. Se puede tener un 95% de seguridad de que dicha relación es estadísticamente significativa cuando el intervalo de confianza no atraviesa la línea vertical.

Las identidades políticas también son relevantes para entender el comportamiento de los indecisos durante la campaña. En este caso, los dos modelos de regresión utilizados confirman que factores clásicos relacionados con la opinión sobre la gestión del gobierno, aspectos sociodemográficos y otros como la influencia de la religión, inciden de manera significativa en la indecisión electoral. En concreto, las personas con una mejor opinión de la gestión del gobierno Solís Rivera y las que atribuyen una mayor importancia a la religión en su vida, exhibieron una mayor indecisión en el proceso. Por el contrario, la población de mayor edad y la de mayor nivel educativo reportaron niveles de indecisión inferiores. Al incorporar las identidades políticas a la ecuación, en el segundo modelo, ninguno de los efectos antes mencionados cambia considerablemente de

dirección o magnitud. Sin embargo, los datos muestran que los habitantes con débiles vínculos con los partidos políticos y con una baja creencia en la democracia electoral, clasificados con identidad transitoria, tienen mayores probabilidades de declararse indecisos (32%) que los que manifiestan una sólida creencia en el voto y fuertes lealtades partidarias (26%), conocidos como votantes de identidad estable.

GRÁFICO 4.3

Factores determinantes de la indecisión. 2018



Nota: Véase la nota del gráfico 4.2 para una adecuada interpretación.

Antes de las elecciones de 2014 y 2018, a la población que no sabía por quién votar se la consideraba un grupo homogéneo y de poca trascendencia. No obstante, a pocas semanas de la primera ronda, el Panel Electoral 2018 logró estimar que alrededor de un millón de electores se declaraba indeciso, generando así un panorama de incertidumbre muy notable. Este tipo de estudios de opinión permitió diferenciar entre varios y no un solo tipo de indecisos. Entre ellos, el grupo más numeroso corresponde a los que se denominaron *swinglers*,¹ en virtud de que cambiaban a menudo de candidato de preferencia, alterando fuertemente el panorama electoral. Dado que ese grupo desempeñó un papel relevante en la contienda, se constituye como un buen laboratorio natural para analizar si las identidades políticas tienen un efecto discernible en la indecisión, en particular en uno de los tipos de indecisión estudiados.

Según un modelo de regresión para explicar la condición de ser *swinger*, las mujeres, los votantes más jóvenes y un menor nivel educativo son atributos asociados con la pertenencia a este grupo. Por otra parte, hablando de estadística, no hay una asociación significativa entre las identidades transitorias y débiles y ser *swinger*. No obstante, resulta interesante que un individuo con una identidad **estable** tenga menores probabilidades de ser *swinger* que uno que posea una **transitoria** (77% versus 68%).

Además de examinar los efectos de las identidades políticas en la participación y en la indecisión electoral, un último modelo de regresión exploró si poseer un determinado tipo de identidad está asociado a votar por el PAC, agrupación oficialista, en la primera ronda de las elecciones. Según dicho modelo, ser mujer, un mayor nivel educativo, haber participado en los comicios de 2014, disfrutar de mayores ingresos, los que tomaron la decisión de por quién votar de manera tardía, así como tener una identidad política débil o estable (no transitoria) son atributos relacionados con haber votado por el PAC. Por ejemplo, la probabilidad promedio de apoyar al PAC de un individuo de identidad transitoria era de un 23%, mientras que para un votante de identidad estable era de un 33% (10 puntos porcentuales más), y para alguien con identidad débil ascendía a un 43% en promedio (20 puntos porcentuales más que la categoría base).

En síntesis, las explicaciones convencionales son del todo insuficientes para entender qué fue lo que movió a los costarricenses a sufragar en los comicios de 2018, considerados los más inéditos de la historia contemporánea. En circunstancias políticas tan atípicas, como en las que se escenificaron las elecciones más recientes, la búsqueda de explicaciones debe trascender las razones tradicionales y explorar factores hasta ahora poco analizados o ausentes. Tal y como ha quedado evidenciado en estas páginas, las identidades políticas son un agente imprescindible para comprender la participación electoral, la indecisión en las urnas y los factores determinantes del voto.

1 Para más detalles, consultar el informe de la encuesta del CIEP-UCR publicada el 31 de enero de 2018.

Conclusión

Según marca la tradición, la explicación a por qué los individuos votan y a la indecisión política se ha centrado en la identificación de aspectos como el desempeño de la economía, la evaluación del gobierno y aspectos sociodemográficos. Este capítulo cuestiona y pone en entredicho la utilidad de las teorías convencionales de participación electoral. En contraste con estos razonamientos, se ha demostrado aquí que la participación y la indecisión de los electores en 2018 poco tuvo que ver con la percepción de la situación económica, las creencias religiosas o la nota que le ponían a la gestión del gobierno. Tampoco las diferencias individuales clásicas como la edad, el género o el lugar de residencia fueron buenos predictores del voto ni de la indecisión.

En su lugar, en la información precedente se plantea que las identidades políticas y los comportamientos electorales asociados a ellas aportan explicaciones más robustas de las conductas exhibidas por la población. Por “identidad”, se entiende cómo las personas definen su pertenencia al cuerpo que, en una democracia, elige a un gobierno y la manera en que esa pertenencia moldea sus percepciones sobre los derechos y las obligaciones de participación política. Más en concreto, la idea central sobre la que giran las explicaciones a lo largo de este texto señala que la acción política es más común entre quienes poseen una fuerte identidad política. Se argumenta que son las identidades políticas las que movilizan electoralmente a los ciudadanos, y que cuando esas identidades se debilitan se dan las condiciones políticas idóneas que generan una alta incertidumbre electoral derivada de la indecisión y la desmotivación para votar.

Para examinar si el estudio de las identidades políticas puede predecir la movilización electoral y las preferencias de los votantes, se ha planteado la existencia de tres tipos de identidades políticas relacionadas con dos pilares democráticos: el deber cívico y el vínculo con los partidos políticos. Para explicar con otras palabras lo ya dicho, si un individuo posee una fuerte obligación a sufragar y arraigo con las agrupaciones políticas, se trata de una persona con identidad política estable. Si el o la votante se caracteriza por un alto deber cívico, pero no tiene ningún vínculo con los partidos políticos, se dice que tiene una identidad débil. Por último, la población sin deber cívico y desarraigada de los partidos se agrupa en la categoría de identidades transitorias.

En los comicios de 2018, una cuarta parte de los electores (25%) poseía identidad estable, un 44% reunió los atributos para ser considerado con identidad débil y alrededor de un tercio (30%) correspondía a población con identidad transitoria. Esta situación creó las condiciones políticas propicias para una altísima indecisión electoral durante la campaña y originó el nivel de volatilidad más alto en cuatro décadas.

En síntesis, la predominancia de identidades transitorias y débiles en 2018 creó las condiciones idóneas para un escenario de alta y prolongada indecisión de los votantes. Esta indecisión tiene repercusiones políticas. Por un lado, la agregación de múltiples indecisiones individuales origina un panorama de alta incertidumbre a nivel colectivo, y por otra parte, la indecisión incide de manera negativa en la concurrencia a las urnas al desmovilizar a los votantes, y, a su vez, una alta indecisión provoca una fuerte volatilidad electoral.

Bibliografía

- Abrams, D. (1994). "Political distinctiveness: An identity optimising approach." *European Journal of Social Psychology* 24(3): 357-365.
- Abrams, D. and N. Emler (1992). "Self-denial as a paradox of political and regional social identity: Findings from a study of 16- and 18-year-olds." *European Journal of Social Psychology* 22(3): 279-295.
- Alfaro-Redondo, R. (2019). *Divide y votarás*. San José: Programa Estado de la Nación.
- Anderson, B. (1991). *Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. London, New York.
- Burke, P. J. and J. E. Stets (2009). *Identity theory*, Oxford University Press.
- Campbell, A., P. E. Converse, W. E. Miller and D. E. Stokes (1960). *The American voter*. New York, Wiley.
- CIEP-UCR. (2018). Panel Electoral y Encuestas de opinión pública CIEP. Recuperado de <https://ciep.ucr.ac.cr/index.php/proyectos/encuestas-de-opinion>
- Conover, P. J. (1984). "The Influence of Group Identifications on Political Perception and Evaluation." *The Journal of Politics* 46(3): 760-785.
- Duck, J. M., M. A. Hogg and D. J. Terry (1995). "Me, us and them: Political identification and the third-person effect in the 1993 Australian federal election." *European Journal of Social Psychology* 25(2): 195-215.
- Fowler, J. H. and C. D. Kam (2007). "Beyond the self: Social identity, altruism, and political participation." *Journal of Politics* 69(3): 813-827.
- Greene, S. (1999). "Understanding party identification: A social identity approach." *Political Psychology* 20(2): 393-403.
- Greene, S. (2002). "The social-psychological measurement of partisanship." *Political Behavior* 24(3): 171-197.
- Green, D. P., B. Palmquist and E. Schickler (2004). *Partisan hearts and minds: Political parties and the social identities of voters*, Yale University Press.
- Huddy, L. (2013). *From Group Identity to Political Cohesion and Commitment*. The Oxford handbook of political psychology. L. Huddy, D. O. Sears and J. S. Levy. New York, Oxford University Press.
- Huddy, L. and N. Khatib (2007). "American patriotism, national identity, and political involvement." *American Journal of Political Science* 51(1): 63-77.
- Huddy, L., L. Mason and L. Aarøe (2010). Measuring partisanship as a social identity, predicting political activism. *Annual Meeting of the International Society for Political Psychology*.
- Kelly, C. (1989). "Political identity and perceived intragroup homogeneity." *British Journal of Social Psychology* 28(3): 239-250.

- Mason, L. (2011). Political Identity Alignment and Polarized Behavior. A paper presented at the annual meeting of the International Society for Political Psychology, Istanbul, Turkey.
- Roberts, K. M. (2013). "Market reform, programmatic (de) alignment, and party system stability in Latin America". *Comparative Political Studies* 46(11): 1422-1452.
- Shumway, N. 1991. *The Invention of Argentina*. University of California Press, Berkeley, California.
- Sidanius, J., S. Levin, C. Van Laar and D. O. Sears (2008). *The diversity challenge: Social identity and intergroup relations on the college campus*, Russell Sage Foundation.
- Smith, A. 1991. *National Identity*. Reno, University of Nevada Press.
- Tajfel, H. (1981). *Human groups and social categories*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Turner, J. C., M. A. Hogg, P. J. Oakes, S. D. Reicher and M. S. Wetherell (1987). *Rediscovering the social group: A self-categorization theory*. Oxford, Basil Blackwell.